

SE IMPRIME
Por la Imprenta HISPANO-URUGUAYA
CALLE DEL OLIMAR, 149
SALIENDO LOS DIAS
Martes, Jueves y Sabados
POR LA TARDE

EL CLAMOR PÚBLICO

DIRECCIÓN } CALLE DEL OLIMAR, N.º 149
Y ADMINISTRACIÓN }

PERIODICO LIBERAL E INDEPENDIENTE

ADMINISTRADOR—SEBASTIÁN B. TORRES

Los remitidos que revistan interés público se publicarán gratuitamente, pagándose á razón de 15 pesos columna los de interés particular, y en ningún caso se devolverán os originales.

No se admitirá escrito alguno que no esté amoldado á los principios del programa y garantido en debida forma. La publicidad de un escrito no autoriza la exigencia gratuita del número.

Club General Rivera

Aviso

Se hace saber á los corregidores que la Secretaría de este Centro Político se ha instalado en la calle 18 de Julio N.º 1371, donde se encuentra disponible el libro de Registro para los Colorados que deseen afiliarse á este Centro.

Avelino Gerona—Secretario.

EL CLAMOR PÚBLICO

Verdadera gloria

Hubo un tiempo en que la mujer que se dedicaba á las artes, las letras ó las ciencias era acogida con prevención por la sociedad y de todos son sabidos los obstáculos que se oponían á las mujeres llamadas en Francia *les bleus*.

Estas prevenciones han desaparecido, gracias á la mayor ilustración de nuestra época, y la mujer instruida es bien acogida y apreciada de todos. A condición, no obstante, de que no haga ostentación de su saber, pues entonces hace dudar de su ciencia. La que será siempre ridiculizada con razón es aquella que habla de sus escritos, de sus trabajos, de los elogios que recibe atribuyendo cierta gravedad á su persona, obrando como si nadie tuviese otra opinión que observar sus gestos ó notar sus palabras, constituyéndose en lo que vulgarmente se llama una *Mari-sabidura*.

La mujer ante todo debe procurar la simpatía de los que la tratan, y para obtener esto, debe obrar en todo sin dar importancia á sus actos; si escribe una novela ó una poesía debe hacerlo con la misma sencillez, con que borda una flor sobre el bastidor y lo mismo si bosqueja alguna pintura que si prepara por sí misma la comida para su familia.

Hasta en los asuntos de sus composiciones no debe cuidar de que contribuyan á darla renombre, sino á que sean útiles y agradables, porque esta dirección de su espíritu es la única que puede perdonar en nuestro sexo la superioridad del ingenio cuando se da á conocer.

En este siglo de realismo, con frecuencia exagerado hasta la asquerosidad, la obligación de la mujer es conservar en sus obras algo de poesía y de gracia, y trabajar para que puedan aportar las fumílias aquel perfume de dulzura y generosidad que cada día va faltando más á la moderna literatura. Y hago esta advertencia por que desgraciadamente conozco muchas escritoras que, llevadas quizá de una manía de darse á conocer y ver citados por la prensa sus nombres, atienden solo á lo que puebla mover mayor nido y excita más poderosamente la curiosidad, llenando sus escritos de asuntos y palabras que indudablemente no tendrían el valor de repetir en alta voz en una conversación.

Hay ciertas cosas que se sien-

tan, pero no es dable expresarlas; por eso yo admiro el talento de algunos escritores realistas que encauzan expresiones para pintar al vivo las escenas más repugnantes, y del mismo modo que estocho con agrado la mano del hombre de ciencia que en bien dà la humanidad diseña los cadáveres y toca las más asquerosas flagras, me horrorizaría la mujer que hiciese otro tanto nuncque fuese para bien; del propio modo el libro firmado por una mujer que no hablase el más puro y dulce sentimiento, me daría fastío y lo arrojaría lejos de mí.

Muchos creen que el arte es celoso y no permite al que lo cultiva ocuparse de otra cosa, y son en consecuencia de opinión que las mujeres que se dedicán al estudio lo hacen á expensas de su casa y de sus hijos, apreciando á la madre de familia, artista ó literata, por este solo hecho, como inútil para las más elevadas y propias labores y ocupaciones de su sexo. Yo no soy de este parecer, porque creo que una mujer de corazón amará á sus hijos y su casa más que la literatura ó el arte, al punto que otra de menos sentimiento ó inteligencia, aun no ocupándose de esos estudios, dejará sus hijos y el reino para correr á fiestas y teatros, ó pasar el tiempo en dar pabulo á sus vecindades.

No puedo juzgar como un mal el que en vez de perdérse las horas ante el espejo y frecuentar bailes ó teatros, una buena madre se distraiga escribiendo un soneto ó dibujando una flor sentada junto á la cama del hijo, pronta siempre á dejar al menor movimiento de este su labor predilecta, con tal, como ya ha dicho, de que sus obras tiendan al perfeccionamiento de los demás y no á la fama propia.

A este fin conviene también no olvidar lo difícil que es para la mujer alcanzar esta fama, y aun que no es posible desconocer que en nuestro sexo hay ingentes soberbios, no conviene ilusionarse, no puede en general llegar su imaginación al punto á que llega la de los hombres. A estos corresponden los estudios serios, la firmeza de los propósitos, la fuerza material; a nosotros la sensibilidad del corazón, la gentileza del ánimo, la belleza de la forma, y si ocupámonos de cosas agudas a nuestra manera especial de ser encontramos fáciles elogios, no deben estos ensobrecernos sino atribuirlos á la indolencia con que se trata nuestra debilidad, es decir, más á la generosidad de los demás que á nuestro propio mérito. A este propósito me complazco en transcribir el siguiente trozo de De Maistre, célebre aún más que por sus escritos, por el afecto constante que profesa á su madre.

“Es evidente—dice—que las mujeres no han producido nunca grandes obras; ellas no han escrito ni la *Híbrida*, ni la *Jerusalén libertada*, ni *Hannibal*, ni *Fedra*, ni el *Paraíso perdido*, ni *Tartufo*; no han fabricado la Basí-

lica de San Pedro, ni compuesto la *Mesilla*, ni escupido el Apolo de Belvedere, ni pintado el *Juicio universal*; no han inventado el Álgebra, ni los telescopios, ni las máquinas de vapor, pero han hecho cosas más grandes y más hermosas, porque sobre sus rodillas se ha educado el hombre que es la obra más bella de la creación.”

La mujer que sale de su reino y de sus privativas atribuciones para dedicarse á cualquiera de los ramos del saber humano no por solo deleite y para entretener horas de ocio, sino como ocupación principal de su vida, me parece un ser más bien digno de compasión que de envidia, porque, ó lo hace por ganarse el sustento, ó por olvidar algún dolor, ó porque tiene la desgracia de no poseer una numerosa familia en la que pueda ejercitarse su actividad, ó por un desmedido afán de exhibir su nombre, caso en que, como se comprende, nada tiene de enviable su condición.

El hombre es distinto; debe ser al go en el mundo, y puede para ello luchar porque es más fuerte. ¡Pero si supiese cuántas horas de duda y abatimiento han pasado! ¡qué fieras batallas han debido trazar el poeta, el orador, el ministro que vemos pasar entre los aplausos de la multitud ántes de llegar á la meta! Son combates en los que el corazón sensible de una mujer se haría pedazos ó bastaría un veneno para envenenar toda su existencia.

Pero en cambio, ¡qué satisfacción tan inmensa cabe á la mujer, madre del hombre, que con su talento ha llegado á crearse una elevada posición en el mundo y al que contempla rodeado de la general admiración y del público aprecio, y llega aquella á su cima, cuando ve al que esijo de la muchedumbre, inclinar reverentemente la cabeza á una señal suya estrechándola entre sus brazos como cuando era niño, á pesar de ser un gigante te ójos del mundo!

Los aplausos dirigidos al hijo resuenan centuplicados por el afecto en su corazón de madre y se siente orgulloso y envidioso. Su rostro refleja la alegría de su aliento y como una aureola circunda sus blancos cabellos, porque siente como siya la grandeza del hijo. ¡Cuánto se complace en recordar los episodios de su vida! Ella es la que le ha aconsejado en sus dudas, confortado en sus incertidumbres y dado valor para seguir su difícil camino; pero al fin afortunada ella que ha podido gozar el máximo de placer concedido al corazón de una madre.

La buena carrera de los hijos es la verdadera alegría y la verdadera gloria á que puede aspirar una mujer.

Una abadesa del siglo XVI

Las historias del concilio de Trento, son numerosas, pero todas se detienen en la ejecución de las reformas que ese congreso había ordenado, retrocediendo ante la narración de la audaz rebeldía de las órdenes monásticas por el mantenimiento de los abusos que el concilio quería suprimir. Hoy, solamente, las memorias de los contemporáneos comienzan á salir del polvo de las bibliotecas.

Así las *Conferencias de una abadesa del siglo diez y seis*, seguidas un manuscrito de la biblioteca de Rivena, ofrecen el mayor interés.

Es una beligerante la que escribe, una abadesa en lucha con sus religiosas, que rechazan las ordenanzas que se les quiere imponer.

El manuscrito comprende cincuenta y ocho páginas *in folio*, de una letra fina y apretada, y que data, sin duda alguna, de mediados del siglo décimo sexto. El título está compuesto así:

1570; Agosto

VITA DELLA MADRE DONNA FELICE RASPO, BADESSA DE S. ANDREA, SCRITA DA UNA MONACA.

Leggete, ma nos vi scandalizzata

Esto es:

Vida de la madre dona Felice Rasponi, abadesa de San Andrés, escrita por una monja—Leed, pero no os scandalizzate.

Esta advertencia de la monja despierta el apetito de la curiosidad.

¿Cómo pasó ese documento de la celda de una religiosa de San Andrés á la biblioteca de los benedictinos de Ravenna? Es muy probable que la monja que lo escribió, una benedictina, haya querido confiarlo antes de morir á su confesor.

Cuando en 1797 los franceses entraron en aquella ciudad, los frailes tuvieron que ceder su sitio á los granaderos de la república, y su rica biblioteca, vendida y dispersada, fué el fondo principal del gabinete Spreti, comprado en 1874 por la ciudad de Ravenna.

El padre encargado de clasificar el libro, viejo benedictino, lleno de respeto por el pensamiento humano, después de haber tomado algunas notas para sus *Annali Ravennati*, quiso prevenir el vandalismo posible de aquellos que vendrían después de él, escribiendo debajo del título esta prudente advertencia. Leggete, ma nos vi scandalizzate.

La forma dialogada, que perjudica la claridad de la narración, hace penoso seguirla. Cuando la narradora razona y filosofa es de una monotonía fatigante.

M.A. Ignacio ha resumido y comentado esas memorias. Estudiamos de ellas estos dos comienzos, que son toda una revelación.

Nos hallamos en el convento, elegante y galante, una especie de hotel de familia; mitad pensión burguesa, mitad club de risas, á la moda moderna.

Dado el alba la comunita está en movimiento, el cuarto de la habitación tornera, tomado por asalto, vé desfilar licenciosos, comisionistas, amanecedores, mercaderes de artículos de tocador. Todo este mundo incoloro, abruma con sus pedidos y preguntas á la hermana Beatriz, una coja de ojo vivo y negro que muestra sus blancos dientes, jurando como una página. La comunita, por ser extraña, no duda de ser manos ciertas; en muchas pastas doña Felice trae contra ese pecado mortal, del cual acusa á doña Cimila, la abadesa que le sucedió.

En lacayo de cari insolente y jorobado, además, entra diariamente cargado de provisiones para una ju-

ven religiosa de familia rica.—Quedado de ese, es ese? Un militante envuelto, que con la mano en la empuñadura de la espada, reclama con desenfado á Victoria, su mujer, que entró al convento como hermana conversa, para huir de sus maestros trastornados. El vi y viene es entredicho. Los ríos, los flujos, las pistas, las cajas de confites, los cintos de comestibles, abarrotan el cuarto de la tornera.

Después de apagadas las luces caen las manos viejas gimen sus celdas, cojeando, sombras leves se deslizan hasta la celda de la hermana Serafina ó Lucía, —poco importa el nombre,—pues cada una de recibe á su vez Ante todo se cesa la provisión que cada una le ha invitado de beber. Un mendigo improvisado, de humor torero, compuesto de los regalos enviados por la mañana, todo mezclando, se amontona sobre la mesa: jamones, lenguas ahumados, costillas, mitrana, pasteles de ave, bizcochos con miel, todo intercalado con sabrosas charlas, cuentos para morirse de risa; se ridiculiza á las viejas suntuosas, y sin gracia ni cuartel para los ausentes, se larga brida á la indolencia. Un chiton impaciente de la dueña de casa establece un pozo en la estancia; se titula de recogimiento mientras que la hermana Serafina declama la canción de un ilustre desconocido.

Qué existencia tan agradable aquella que nada parecía á ser turbulenta veces, es verdad, una vieja Cassandra pretendía entristecer esas buenas vidas amenazando á las jóvenes lo quedar con el concilio que se realizó en Trento; para ellas les respondían con una cincuenta, que Trento estabá lejos. Un día llegó un hombre negro portador de los decretos del concilio. ¿Cómo fueron acogidos? Y no es necesario decirlo; con una sublevación muy justa.

Todas las religiosas debían dormir en un dormitorio común, sobre colchones y cojines de lana, completamente vestidas y hasta con las medias, si tuvieren costumbre de llevarlas. Los lechos solo eran permitidos en la enfermería. Con vestido se autorizaba el ronquido pero solo debía traerse debajo de la ropa que lo ocultaba. La tela de lino, los guantes, las pieles de animales salvajes para cubierta de cama estaban absolutamente prohibidos, lo mismo que el vestido, mantas ó capa hecha de géneros muy ricos.

El código reprobó, contenía disposiciones muy duras. Desobedecer, retener alguna cosa ajena como propia, recibir cartas, revelar los hechos interiores del monasterio, constituyan falta muy grave.

La culpable, despojada de sus ropas, era desnuda hasta la cintura, y cada hermana desfilaba ante ella, azotándola con una verga. En el refectorio debía permanecer acurrucada en el suelo, no recibiendo sino un pedazo de pan por cada día; en el coro, de rodillas con la cara contra el suelo. Faltas graves, una negarse á hacer penitencia y pedir perdón. La rebeldía era degradada, es decir, despojada del hábito religioso, azotada con vergas y encerrada en el *impice*.

